

Deuda pública y neoliberalismo, los verdaderos peligros para México

FRANCISCO JAVIER **CABALLERO ANGUIANO***

En pocos espacios de la política pública se constata con evidente claridad la visión fetichizada de la ortodoxia neoliberal como en la política de deuda del gobierno. Es frecuente encontrar calificativos como «manejo prudente», «señales del mercado» o «prácticas preventivas», como si de entes autónomos se tratara. El presente trabajo aborda, a través de la crítica de la narrativa oficial, el significado de la deuda pública en términos de las restricciones que impone al crecimiento de corto y mediano plazos, pero también desde la ideología neoliberal, la manera en la que se encubre con eufemismos y figuras retóricas que devienen en una maraña mental que ni los propios tecnócratas *iniciados* pueden descifrar y, menos aún, entender en su lógica economicista.

En enero de 2018 la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP) expuso su Plan Anual de Financiamiento, que tiene como propósito precisar los criterios e instrumentos de política de deuda pública que considerará para atender sus requerimientos y obligaciones financieras. El plan reitera la visión cortoplacista que caracteriza desde hace varias décadas —en particular desde 1982— a los diseñadores y operadores de la política económica del gobierno federal, sea cual sea su origen partidista. En el presente año, así como en los previos, se minimiza la presión financiera a que está sujeto el manejo económico en lo general y el financiero en lo particular. Con base en lo anterior, se analiza la práctica de la visión tecnocrática-neoliberal con la que se ha pretendido conducir la política de deuda pública, también se abordan las implicaciones para el crecimiento económico de corto y mediano plazos en el marco de las campañas electorales. Para

muchos países, entre ellos México, la deuda, sus costos y la afectación sobre el crecimiento son las variables de mayor riesgo, más allá de las disyuntivas de alternancia política que concentran la atención pública. Quien resulte ganador de las elecciones deberá hacer cambios en el manejo de la deuda y de su financiamiento para poder atender el cúmulo de necesidades sociales que se han acrecentado al cobijo de tres décadas de crisis.

El próximo presidente tendrá en lo presupuestal una camisa de fuerza que le condicionará su gestión, aunque podrá acudir de nueva cuenta al expediente de la deuda que, si bien queda vedado en el discurso político, es la modalidad de financiamiento público más socorrida a falta de ingresos necesarios para cubrir el déficit en las finanzas públicas. Para no generar suspicacias respecto a las intenciones de endeudarse, los candidatos no mencionan el tema en ninguna de sus tres vertientes: nivel

*Estudiante,
Doctorado en
Estudios del
Desarrollo,
Universidad
Autónoma de
Zacatecas



El próximo presidente tendrá en lo presupuestal una camisa de fuerza que le condicionará su gestión, aunque podrá acudir de nueva cuenta a la deuda, que es la modalidad de financiamiento público más socorrida a falta de ingresos necesarios para cubrir el déficit en las finanzas públicas.

de la deuda, nivel del déficit público y peso de las obligaciones que su pago exige a la sociedad, en términos de reducir la magnitud de los recursos dedicados al gasto social. El debate de propuestas, además de limitarse a los ataques personales y carentes de fondo, evita abordar el tema de la deuda. En esta coyuntura su consideración es ineludible.

Detrás de la ideología neoliberal, que en la práctica se implementa por medio de procesos de privatización, desregulación, acelerada apertura comercial y financiera, subyace la aplicación de instrumentos de política pública que, entre otras características, prescinden de un diagnóstico y análisis que trasciendan el corto plazo y contemplen los alcances e implicaciones sociales de sus medidas. No es una omisión sino la manera en la que se concibe la actividad económica. La economía no es más que un conjunto de variables que se pueden manipular para facilitar la operación del libre mercado. Se idealiza a la economía como disciplina técnica —se emula la práctica de manipulación y control de variables utilizada en las ciencias duras— que a partir del manejo de diversas políticas (fiscal, monetaria o financiera) obtiene determinados resultados. Extender la concepción técnica a la práctica del mercado permite, desde su óptica, promover la libre

competencia y con ello garantizar la asignación de recursos con los menores costos posibles. La intervención del gobierno tiene entonces como finalidad corregir las desviaciones que inhiben el libre juego de las fuerzas del mercado.

Cuando desde la perspectiva oficial se explica el alcance de las políticas y de sus instrumentos pareciera que las variables económicas se mueven en un espacio aislado, sin conexiones con la sociedad, o como si la sociedad fuera un dato más, una variable subordinada que responde según el comportamiento que se predice mediante un modelo macroeconómico, un patrón con el que se orienta el comportamiento de la realidad y no al revés. Se trata del *fetichismo económico* en el que la manipulación de las variables económicas genera o debe generar resultados predecibles, tal y como se hace en un laboratorio al controlar la humedad, la temperatura o cualquier otra variable. Como en las ciencias más avanzadas, se pronostica el comportamiento de la economía a través de alimentar un programa informático; asimismo, será factible inducir, controlar o reducir, por ejemplo, el crecimiento, la producción y el empleo tan sólo con la adecuada mezcla de tasas de interés, tipo de cambio, plazos de contratación de la deuda, manejo monetario y otros tantos componentes del sistema económico.

Si desde la perspectiva de la tecnocracia todo lo anterior es posible, el contraste con la realidad arroja resultados totalmente distintos. El propósito principal de la política macroeconómica ha sido, desde hace más de 30 años, la estabilidad, que supone cierto nivel de equilibrio en la economía; para alcanzarla se emplean herramientas de política económica de corte ortodoxo-restrictivo, a las que en el discurso oficial se refieren con el eufemismo de «manejo prudente» de las finanzas públicas. Ese manejo ha relegado a un segundo término los objetivos de crecimiento y ha privilegiado el control de la inflación y del tipo de cambio; lo cierto es que la estabilidad macroeconómica no

ha sido —aunque eso se haya anunciado en los 1980 para justificar la severidad con que se aplicaban los programas de ajuste presupuestal— condición para el crecimiento de la economía, ni siquiera fue útil para cimentar la certeza en la trayectoria de las variables macroeconómicas. La relativa estabilidad de precios se logró al controlar un precio clave: el salario. En eso la política-política y no la política económica ha sido exitosa.

Es tan reducido el control real que se tiene sobre las variables económicas y tan escaso el conocimiento de sus múltiples vínculos y dinámicas, que a la hora de hacer previsiones los supuestos son más restrictivos; ello lleva a la incertidumbre sobre los resultados y a su vez conduce a frecuentes ajustes en los pronósticos económicos. La práctica de «revisar» las metas y hacer estimaciones para plazos menores, en ocasiones de un trimestre, no se comprende como la imposibilidad de seguir un número ilimitado de variables —equiparable a las preferencias de cada individuo en un mercado casi infinito de posibilidades de consumo— con certeza, sino como sinónimo de la capacidad técnica y de la oportuna respuesta de las autoridades hacendarias; el resultado es la tranquilidad del «mercado», que ha aprendido a vivir en el desatino. La economía no predice, adivina; no es ciencia dura, sino social.

Los instrumentos no funcionan porque se aplican en condiciones sociales, económicas y políticas tan variadas que se carece de un modelo que simule cómo operan las relaciones sociales; en consecuencia, lo único que se obtiene son explicaciones de aplicar un modelo a una realidad que se cree en un equilibrio que no existe, en un consumidor que no es racional porque no tiene ingresos para elegir y entonces maximiza la nada, y porque se asume que los pobres lo son debido a que no han sabido aprovechar las oportunidades ni han desarrollado las capacidades para optimizar sus funciones. Todos los supuestos caen por su propio peso.



Y en ese modelo ideal no se ha incorporado un enfoque que permita integrar variables tan relevantes como la corrupción y la impunidad. Sin componentes de tal tipo se minimizan los riesgos políticos y sociales que son parte de la realidad nacional, por lo tanto los pronósticos serán fallidos.

El costo económico y social de la implantación de esta ideología plasmada en políticas públicas se traduce en estancamiento, profundización de la desigualdad y de la pobreza. Respecto a la estabilidad, los dos objetivos perseguidos son: un déficit cercano a cero y una inflación por abajo del 5 por ciento, como en las economías capitalistas desarrolladas. El razonamiento no es tan malo como parece: las economías que poseen mayor riqueza lo han hecho con bajos niveles inflacionarios y sin tener que pagar intereses de usura. Pero el razonamiento cae cuando el Banco Mundial señala que el país más endeudado, en términos de su producto nacional, es Japón. Lo que no se precisa es por qué el nivel de endeudamiento, la inflación y el déficit son una preocupación irrelevante en los países ricos.

A fin de cuentas, la deuda es la diferencia entre ingresos y gastos que debe conseguirse para alcanzar los propósitos que trascienden la

Lo único que se obtiene de los instrumentos económicos son explicaciones de aplicar un modelo a una realidad que se cree en un equilibrio que no existe. Se asume también que los pobres lo son debido a que no han sabido aprovechar las oportunidades ni han desarrollado las capacidades para optimizar sus funciones.

mera estabilidad económica. La meta es llenar la brecha entre lo que la sociedad aporta y lo que hay que reintegrarle en servicios y seguridad. Si no hay dinero hay que pedirlo, para ello están los bancos, que cuidan el ahorro de nacionales y extranjeros. Pero parece que el problema no es pedir sino pagar y cuando el negocio consiste en que el cliente sólo pague intereses los bancos dejan de ser intermediarios financieros, en términos de aporte a la actividad económica y para facilitar el ciclo ahorro-inversión. Entonces el ciclo dinero-dinero adquiere más valor que el de dinero-producción. El auge de la banca japonesa en los 1990 fue el reflejo del cambio de ciclo: hoy Japón tiene tasas de interés negativas y nulo crecimiento económico.

Alcanzar la estabilidad a costa del control de precios y un déficit cercano a cero ha sido uno de los objetivos más caros en la historia de México en términos económicos y sociales. La estabilidad de precios macroeconómica ya era una realidad a finales de los 1980; se hizo en un plazo relativamente corto. Para conseguirla se efectuaron ajustes macroeconómicos que posibilitaron reducir el déficit público; no se escatimó ningún esfuerzo contraccionista, se utilizaron las políticas fiscal, financiera, monetaria y de tipo de cambio para evitar que un eventual crecimiento se convirtiera en lo que se denotaba en los 1990 como «sobrecalentamiento» de la economía, lo cual significa que cualquier nivel de crecimiento se traducirá invariablemente en una presión adicional sobre el tipo de cambio, los precios y las importaciones. Y como las importaciones se compran con divisas es mejor no presionar al tipo de cambio y no crecer.

Esa es la manera en que, en la práctica, se entiende la estabilidad: que nada se mueva porque rompe el equilibrio inestable pero controlable. El endeudamiento no es sino la consecuencia natural de dos procesos: a) el que se desarrolla en razón del estancamiento y la baja tributación, con ello los ingresos del gobierno no suben; b) el que se ve empujado y profundizado

por la necesidad de un gasto creciente, que debe cubrir gasto social y gasto en inversión, ambos siempre insuficientes, frente a las carencias que provoca el sistema capitalista y que detona con severidad el subdesarrollo. Así, el círculo vicioso está cerrado.

La deuda, sus funciones y sus condicionantes

No tiene implicaciones negativas la deuda. Sugiere un mecanismo para atender el desequilibrio temporal entre ingresos y gastos. Una vez que la economía crece, se paga la deuda. Las frecuentes crisis han convertido al endeudamiento en una modalidad permanente frente a la escasez estructural de ingresos. Todos los países son deficitarios en materia de los ingresos que genera la sociedad y las necesidades que hay que cubrir. Estas últimas se emparentan con las edades de las personas, su alimentación, salud y educación. Las sociedades que poseen una pirámide de edad invertida son las más ricas, pero con problemas para generar pensiones futuras; las sociedades más jóvenes se caracterizan por el desempleo y la pobreza. Todas pasan por dificultades, a todas las aqueja el déficit, no obstante, hay inconvenientes que laceran con mayor agudeza. Si bien la desigualdad se presenta en todos los países, la pobreza deja sin comer a la gente. Empiezan los matices.

El Plan Anual de Financiamiento que ha incentivado estas reflexiones no surge de un diagnóstico, parte de una realidad dada; por eso es economía positiva, no refiere lo que debería ser sino lo que es, no cuestiona, no hace preguntas, sólo describe. Un diagnóstico, por breve que fuera, plantearía que cuanto hay que corregir fue propiciado por la misma idea de economía que tenía Von Hayek del mercado a ultranza. La mescolanza entre ese mercado a ultranza y la idea de que puede producirse un equilibrio macroeconómico con la manipulación de las variables explicadas y definidas por un modelo, ha provocado

las aberraciones económicas de mayor efecto a favor de la desigualdad y la pobreza. Como sistema económico, el modelo es ideal; como sistema político, el liberalismo es ideal; como respuestas a la realidad, seguimos en los sueños.

Son evidentes las paradojas y los contrasentidos. En un mercado mundial con tasas de interés reales cercanas a cero, el gobierno mexicano privilegia el financiamiento a través del mercado interno. Los colocadores de la deuda del gobierno son los bancos comerciales, los más importantes son extranjeros. Si el objetivo es premiar a los ahorradores internos y a las sucursales de la banca transnacional es congruente la idea; pero si, como se explicita en el plan, se intenta «cubrir las necesidades de financiamiento a costos reducidos»,¹ la estrategia es inadecuada, ya que las tasas de interés nacionales son más elevadas que las internacionales. Desde esa perspectiva, el problema no son los costos del financiamiento sino los eventuales efectos: que se muevan divisas en lugar de pesos mexicanos. El costo financiero es mayor en pesos que en dólares, sin embargo, el efecto de financiarse con dólares es distinto en el mercado cambiario: dólares más fuertes con pesos más débiles. Es más viable deber en moneda nacional que en moneda extranjera, aunque su costo sea superior. El problema lo tendrá el gobierno entrante, que pagará el efecto de las tasas más altas.

Cuando el gobierno mexicano presenta la evolución del déficit fiscal y lo compara con el prevaleciente en 2008 y 2009 (alrededor de 5 por ciento del PIB) omite indicar que en ese lapso el mercado mundial estaba en recesión por la crisis hipotecaria en Estados Unidos. No es ningún mérito que se alcance un déficit fiscal en 2.5 por ciento del PIB cuando el referente son los peores años de la economía mundial. Menos aún al comparar el déficit de México con el de las economías emergentes, entre las que se encuen-

¹ «Hacienda prevé disminuir deuda a 46.1% de PIB en 2018», *Forbes*, 19 de diciembre de 2017, <https://www.forbes.com.mx/hacienda-preve-disminuir-deuda-a-46-1-de-pib-en-2018/>



tran Angola, Brasil, Rusia y Venezuela, cuya estimación es de 3.7 por ciento. ¿Cuál es la razón para compararse con los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) en algunos casos y con los países emergentes en otros? Parece que la estrategia de comunicación hacendaria es limitada, pero lo es más el manejo del déficit.

El monto total de la deuda pública es de 55 por ciento del PIB, cifra semejante a la observada en las economías emergentes; información intrascendente si se considera la diversidad de países con historias, infraestructuras y culturas tan distantes como la mexicana y la griega. La

En un mercado mundial con tasas de interés reales cercanas a cero, el gobierno mexicano privilegia el financiamiento a través del mercado interno. Los colocadores de la deuda del gobierno son los bancos comerciales, los más importantes son extranjeros. Fotografía: Haakon S. Krohn

comparación busca conseguir un efecto mediático porque estamos igual que nuestros pares. Pese a que se trata de homologar el grado de «desarrollo» económico al establecer algunos rasgos comunes (PIB per cápita, estructura sectorial o posición en los mercados financieros internacionales), las desemejanzas empiezan a notarse cuando se compara el balance primario (que considera ingresos y egresos sin incorporar pagos derivados de compromisos financieros contraídos en otros años) con el déficit fiscal. Se estima que México tendrá en 2018 un superávit primario cercano a 2 por ciento del PIB mientras el de las economías emergentes será de alrededor de -3 por ciento; en cuanto al balance fiscal la brecha se reducirá: la diferencia serán los pagos de la deuda. México pagará un costo financiero mayor que el promedio de las economías emergentes; por ello, a pesar de contar con un superávit primario, también posee déficit fiscal, es decir, los ahorros de la sociedad se canalizan para pagar a los acreedores.

En su desglose, el concepto necesidades de financiamiento del sector público (NFSP), que emplea la Secretaría de Hacienda, es elocuente respecto a lo endeble de las finanzas públicas y al reiterado énfasis en el estancamiento como estrategia para que la demanda agregada no obligue a pedir más dinero prestado del que se requiere para atender los compromisos financieros del sector público —que distinto al gobierno federal incluye los costos de las empresas paraestatales que se están liquidando, como Petróleos Mexicanos (Pemex) o el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Se estima que dichas NFSP serán de 11 por ciento del PIB en 2018, en tanto que en 2017 fueron de 13.8 por ciento (cuadro 1). Tales porcentajes equivalen a 2 mil 570 millones de pesos en 2018. De ese total, 75 por ciento se destinará a amortizar la deuda y 25 por ciento para financiar el déficit del gobierno federal y sus empresas. En la práctica, el indicador de NFSP representa la verdadera dimensión del déficit económico: de todo el préstamo, 75 por ciento no ingresará al circuito productivo ni financiará ninguna actividad económica.

Cuadro 1. Necesidades de financiamiento del sector público (miles de millones de pesos)

	2017		2018		Variación % del PIB
	mmdp	% del PIB	mmdp	% del PIB	
Total	3 007.5	13.8	2 574.2	11.0	-2.8
Gobierno federal	1 966.3	9.0	1 539.9	6.6	-2.4
Empresas públicas	254.2	1.2	165.1	0.7	-0.5
Banca de desarrollo	527.4	2.4	580.3	2.5	0.1
Otros	259.6	1.2	288.9	1.2	0.0

Fuente: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *Plan Anual de Financiamiento 2018*.

De los recursos financieros que se pedirán prestados poco o nada se canalizará a la inversión, que de acuerdo con el Fondo Monetario Internacional² y el Banco Mundial³ debería ser el objetivo de la política fiscal. Como dato de referencia, el gasto en salud es equivalente a 2.7 por ciento del PIB,⁴ el gasto en educación a 5.4 por ciento⁵ y las transferencias monetarias alrededor de 3 por ciento;⁶ el monto de las necesidades financieras para pago de la deuda es semejante

² «[En 2018] el renovado ímpetu del crecimiento significa que la política fiscal debería guiarse cada vez más por los objetivos a mediano plazo de garantizar la sostenibilidad fiscal y reforzar el producto potencial» («Perspectivas de la economía mundial al día», Fondo Monetario Internacional, enero 2018, en <http://www.imf.org/es/Publications/WEO/Issues/2018/01/11/world-economic-outlook-update-january-2018>).

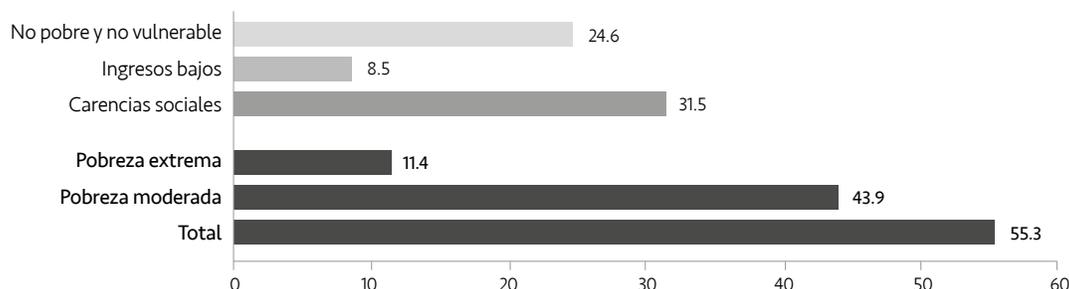
³ «En las economías emergentes y en los países en desarrollo la inversión en capital humano y físico ayudaría a reducir las necesidades no satisfechas en habilidades e infraestructura y apoyaría el crecimiento a largo plazo» («Global Economic Prospects», Banco Mundial, 2017, p. XVII, en <https://openknowledge.worldbank.org/bitstream/handle/10986/25823/9781464810169.pdf>).

⁴ «Presupuesto de egresos de la federación para el ejercicio fiscal 2017», Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, 30 de noviembre de 2016, en <http://www.secretariadodejecutivo.gob.mx/docs/pdfs/normateca/Presupuestos/Presupuesto%20de%20Egresos%20de%20la%20Federaci%C3%B3n%20para%20el%20Ejercicio%20Fiscal%202017.pdf>

⁵ Dato para 2014 de acuerdo con la OCDE, en <http://www.oecd.org/centrodemexico/estadisticas/>

⁶ «Estudios económicos de la OCDE México», Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, enero de 2017, en <http://www.oecd.org/eco/surveys/mexico-2017-OECD-Estudios-economicos-de-la-ocde-vision-general.pdf>

Gráfica 1. Situación de pobreza en México, 2016 (millones de personas con alguna condición de pobreza)



Nota: el total de la población con alguna condición de pobreza es de 55.3 millones, que engloba los sectores pobreza moderada y pobreza extrema. Los indicadores relativos a ingresos bajos, carencias sociales y personas que no son pobres ni vulnerables se utilizan para ilustrar alguna carencia en esa población.

Fuente: Coneval, *Informe de evaluación de la política social 2016*.

al gasto social en salud, educación y programa contra la pobreza, que atiende a la mitad de la población del país pero que cada año tiene más personas que cubrir, no sólo por cuestiones de pobreza alimentaria sino por otras carencias (gráfica 1).

Esta historia no es nueva, tampoco sus actores. Cuando en 1982 estalló la crisis de la deuda en México, los nuevos préstamos de la banca privada internacional sólo servían para pagar intereses y algo del capital. Hoy, la banca, vuelve a ser la protagonista, aunque con la ventaja de que el gobierno no intenta declarar una moratoria, porque el costo significaría que sus finanzas colapsaran y que los bancos internacionales no pagaran a los clientes nacionales.

La contratación de la deuda —interna o externa— cuyo propósito es atender las diferencias entre ingresos y gastos públicos a fin de dar cobertura a los requerimientos de educación, salud, alimentación, reducción de la desigualdad y la pobreza, únicamente sirve para dar servicio a sí misma; es decir, la deuda se ha *autonomizado* de la actividad económica y se ha concentrado en el ámbito financiero. También se emplea para atender el déficit entre ingresos y gastos del gobierno porque no capta lo suficiente; y como a menor crecimiento menor tributación, la única manera de reducir el déficit consiste en reprogramar los pagos. La paradoja

económica de los plazos consiste en que los gobiernos federal y estatal están contratados por seis años, hacen planes año por año y contratan deuda a veinte años o más. El modelo sólo abarca con un relativo grado de certeza las variaciones trimestrales, porque más allá de ese escenario se van a ajustar los pronósticos: economía de la esquizofrenia.

Las propuestas

El gobierno de México ha sido un deudor ejemplar y un estricto seguidor del recetario ortodoxo, pese a que todo mundo sabe que no es posible lograr estabilidad ni alcanzar crecimiento sobre la base de la restricción presupuestal, el férreo control inflacionario y los niveles de déficit incompatibles con las dimensiones de las carencias sociales. Existe una experiencia relativamente positiva en las renegociaciones de la deuda de los 1980: reconocer que un nivel elevado de endeudamiento es un asunto de corresponsabilidad, lo que se tradujo en asumir que la deuda contratada una o dos décadas atrás ya había sido pagada. Una estrategia de renegociación que diferencie entre deuda pagada y la vigente, y que además conduzca a la cancelación de los pagos de intereses sobre intereses debe ser una condición para cualquier gobierno.

El dogma del déficit cercano a cero no se sigue ni se cumple. Los trucos en materia de contabilidad del déficit, que al convertirlo en deuda lo hacen un pasivo de mediano o largo plazo, son sólo un juego de números. La reducción en los pagos anuales del servicio de la deuda se ha hecho a base de reprogramaciones con mayores plazos y tasas de interés más altas. Tendrá que pagarse en algún momento la deuda que se contrata, pero no puede empeñarse el crecimiento de los próximos 20 o 25 años por la obsesión dogmática de mantener un déficit inferior al observado en países con mayor avance económico y menores necesidades sociales. El vínculo deuda-inversión se encuentra hasta en las recomendaciones de los organismos de la Organización de las Naciones Unidas, que aprueban las medidas restrictivas al crecimiento. Es necesario romper el vínculo deuda-deuda.⁷

La deuda pública en su composición actual, sin importar los niveles relativos con los que se matice, no cumple con el propósito de cerrar temporalmente las brechas entre ingresos y egresos. Ya no hay empresas públicas que requieran ser financiadas, la mayoría está en quiebra. Los programas asistencialistas para atender la pobreza son más de carácter electoral, es preciso revalorarlos a fin de construir capacidades humanas; una reconsideración estratégica incluye un cambio de visión de los instrumentos y las políticas públicas que los contienen. La deuda pública, sus condiciones de contratación, los plazos en que se ha cubierto y el impacto social que su *autonomización* supone, requiere de un análisis integral del Congreso, alimentado no por tecnócratas sino por profesionales con conocimiento y sensibilidad social requeridos. Ya no es un

asunto exclusivo para la tecnocracia sino para el análisis y la reflexión crítica. Las dimensiones del problema van más allá de las limitaciones de la ideología liberal y su técnica ortodoxa, plantean el entendimiento de la economía, la política y la historia como premisa para la construcción de alternativas que conciban a lo nacional e internacional como componentes de una totalidad real. 

⁷ «Entre los factores que están afectando el desempeño de la economía mundial se pueden mencionar el débil ritmo de la inversión, la disminución en el crecimiento del comercio internacional, el lento crecimiento de la productividad y los elevados niveles de deuda» («Situación y perspectivas de la economía mundial 2017», Organización de las Naciones Unidas, Nueva York, 2017, p. 1, en https://www.un.org/development/desa/dpad/wp-content/uploads/sites/45/2017wesp_es_sp.pdf).